

John Updike
BECH HA VUELTO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

TUSQUETS
EDITORES

JOHN UPDIKE
BECH HA VUELTO

Traducción de Vicente Campos

Índice

Tres iluminaciones en la vida de un escritor americano	11
Bech tercermunda	39
Australia y Canadá	61
Tierra Santa	83
Macbech	109
Bech casado	125
Blanco sobre blanco	211

Tres iluminaciones en la vida de un escritor americano

Aunque Henry Bech, el escritor, llegado a la mediana edad casi había dejado de escribir, sus libros, como en un gesto irónico, pervivían y proyectaban sombras trémulas hacia el centro de su vida, allá donde eso que se llama reputación se marchitaba. Se diría que el haber imaginado y escrito ficción en el pasado lo condenaba a una maldición imborrable de irrealidad. El teléfono sonó en plena noche y al otro lado oyó a un jovencito cargado de cerveza que quería hablar de la actitud ambivalente hacia el judaísmo manifestada (en opinión de su profesor) en *Brother Pig*. «Acepta tu etnia, chaval», le aconsejó a Bech. Colgó, intentó adivinar la hora por el tono amarillento del cielo nocturno de Manhattan, y, cuando el amarillo empezaba a difuminarse en el gris perla del amanecer, sucumbió y lo que aceptó fue el abrazo irritado de un sueño sin interrupciones. A la mañana siguiente se contempló en el espejo del baño y se vio empequeñecido. Su cabeza, en tiempos leonina, el pelo encrespado signo de vigor mental, y hasta los mofletes que delataban el bourbon tomado en compañía de Philip Rahv mientras charlaban a medianoche, se habían reducido a causa del paso del tiempo, con el implacable acartonamiento que conlleva. El teléfono sonó y era un remoto decano que, con una repentina familiaridad, le invitaba a dar la conferencia de apertura de

curso en Kansas. «Permíteme que sea franco hasta la brutalidad», dijo el decano con su voz contundente y resuelta. «El comité de *seniors* te votó por unanimidad..., después de que Ken Kesey rechazara nuestra invitación. Bueno, la verdad es que hubo que persuadir a una chica. Pero resultó que no había leído nada tuyo, sólo la crítica de Kate Millett de los fragmentos de la violación de *Travel Light*. Le pasamos un viejo ejemplar de *When the Saints* y ahora es tu más rendida admiradora. No es por presionarte con un chantaje, pero seguro que no querrás romperle el corazón a esa chica. ¿O sí?»

—Pues sí —declaró Bech con toda seriedad. Pero como el decano le negó el aprobado de una carcajada, el escritor tuvo que seguir balbuceando, hundiéndose cada vez más en las disculpas sin fondo en que se había convertido su improductiva vida. Y, sin dar crédito, se oyó a sí mismo aceptando. Faltaban todavía meses para la cita, y siempre podía estallar la tercera guerra mundial. Colgó, reflexionando sobre las maravillosas distorsiones en el tiempo que se dan en la vida literaria. Uno se conserva joven y como una mera promesa eternamente. Cinco años de silencio, hasta diez, transcurren como una pausa inadvertida para la reptiliana y amodorrada raza de los críticos. Un chaval de dieciocho años lee un libro que tiene casi los mismos años que él y, en su inocencia, tú has vuelto a nacer, tu pluma acaba de despegar de la página. Bech podía seguir hablando sin parar entre los ecos persistentes, siendo «él mismo», acudiendo a fiestas e inauguraciones con su máscara de Henry Bech. Tenía sus amigos, sus admiradores, incluso sus coleccionistas. De hecho, durante esos largos años su teléfono no conocía mayor ni más leal alborotador que el principal coleccionista de sus obras

y la quincallería «Bechiana» que las acompañaba, Marvin Federbusch, de Cedar Meadow, Pensilvania.

Las llamadas habían empezado a producirse poco después de la publicación de su primera novela, en 1955. ¿Sería tan amable el señor Bech de aceptar firmar una primera edición si se la enviaba por correo junto con un sobre acolchado, con el sello y las señas del destinatario? Por descontado, el joven escritor aceptó, halagado por la sugerencia implícita de que había salido una segunda edición y también encantado por la voz del otro hombre, que era especialmente matizada y pausada, familiar y paciente, con un acento cuidadoso al pronunciar las consonantes que Bech asoció con sus propios antepasados judíos alemanes. La meticulosidad alemana también caracterizó el rigor bibliográfico cuando, a lo largo de los años, el invisible Federbusch se mantuvo al día de la, en el pasado, abundante producción de Bech e incluso adquirió objetos de dudoso valor como el anuario de secundaria de Bech y ejemplares de las revistas *Collier's* y *Liberty* de los años de la guerra, en las que habían aparecido sus primeros relatos. Cuando la creatividad de Bech —puesta a prueba por la cruda recepción crítica de su inmensa obra maestra, *The Chosen*,* y luego totalmente bloqueada entre las laberínti-

* No confundir con *The Chosen*, de Chaim Potok (Simon & Schuster, Nueva York, 1967); ni tampoco con *The Chosen*, de Edward J. Edwards (P. Davies, Londres, 1950); ni con *The Chosen*, de Harold Uriel Ribalow (Abelard-Schuman, Londres, 1959); ni con *Chosen Country*, de John Dos Passos (Houghton Mifflin, Boston, 1951); ni con *A Chosen Few*, de Frank R. Stockton (Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1895); ni con *The Chosen Four*, de John Theodore Tussaud (Jonathan Cape, Londres, 1928); ni con *The Chosen Highway*, de Lady Blomfield (The Bahá'í Publishing Trust, Londres, 1940); ni con *Chósen-koseki-kenkyú-kwai* (Keijo, Seúl, 1934); ni con *The Chosen One*, de Rhys Davies (Heinemann, Londres, 1967); ni con *The Chosen One*, de Harry Simonhoff (T. Yoseloff, Nueva York, 1964); ni con *The*

cas y enmarañadas ambiciones de la novela que estaba escribiendo, titulada provisionalmente *Think Big*— dejó de suministrar objetos para coleccionar, llegó una pequeña racha de reimpressiones, y unas inesperadas ediciones en lenguas extranjeras (coreano, turco) se publicaron tímidamente y devolvieron a la vida a alguna de esas obras tempranas que la famosa impotencia de Bech había elevado poco a poco a la categoría de clásicos menores. Federbusch mantenía un séquito de marchantes ocupados en localizar esas rarezas, y los libros fueron llegando a su debido tiempo al apartamento despoblado y atravesado por corrientes de aire de la Noventa y nueve con Riverside para que Bech los firmara y se los reenviara. Bech aprendió mucho de sí mismo de ese modo. Aprendió que en serbocroata se le vinculaba con Washington Irving como un regionalista del Hudson Valley, y que en Paraguay *The Chosen* fue elegido libro del mes en un club de lectores cuyo presidente honorario era el general Alfredo Stroessner. Se enteró también de que los japoneses habían publicado más libros suyos de los que había escrito, y que los húngaros habían editado las ponencias de un simposio sobre Kerouac, Bech e Isaac Asimov en un voluminoso tomo de papel beige. En las solapas brasileñas, Bech aparecía moreno; en las finlandesas, pálido y con una mirada gélida; y en las australianas, con cierto aire de canguro. Todos esos

Chosen People, de Sidney Lauer Nyburg (J.B. Lippincott, Filadelfia, 1917); ni con *The Chosen Place, the Timeless People*, de Paule Marshall (Harcourt, Brace & World, Nueva York, 1969); ni con *The Chosen Valley*, de Margaret Irene Snyder (W.W. Norton, Nueva York, 1948); ni con *Chosen Vessels*, de Parthene B. Chamberlain (T.Y. Crowell & Co., Nueva York, 1882); ni con *Chosen Words*, de Ivor Brown (Jonathan Cape, Londres, 1955); ni con *Choses d'autrefois*, de Ernest Gagnon (Dussault & Proulx, Quebec, 1905). (N. del A.)

diversos volúmenes le llegaron de Federbusch y a Federbusch volvieron; con los años, la voz del coleccionista fue profundizándose poco a poco hasta adquirir un tono rugoso, paternal y compasivo con todo. Aunque, como hombre y como artista, Bech se había vuelto rácano y disperso, allí seguía Federbusch, en el azul más allá del Hudson, reuniendo cuantas piezas salían. Lo que Federbusch no coleccionaba merecía el olvido, merecía la caída, era la escoria de los días de Bech, que iría a parar a las cunetas del West Side para acabar, empujada por ráfagas de vientos primaverales, metiéndosele en el ojo a cualquiera que pasara.

En esos malos tiempos, el escritor se ganaba la vida dando conferencias en universidades. Allí lo llevaban de la clase de escritura creativa al cóctel de profesores y luego al John D. Benefactor Memorial Auditorium, para, más tarde, con la ovación todavía resonando en sus desconcertados oídos, devolverlo al Holiday Inn. Una vez, en la zona central de Pensilvania, donde las lúgubres escuelas universitarias levantadas sobre las cimas de las colinas se pueblan de estudiantes criados con fécula que parpadean como pececillos tras su reciente abandono del fundamentalismo, Bech se encontró con una tarde ociosa, un coche alquilado y un mapa que decía que no estaba lejos de Cedar Meadow. La fantasía le impulsó a visitar a Federbusch. El coleccionista se convirtió, en su cabeza, en un dios que descendía entre los mortales: caprichoso como Zeus, radiante como Apolo. La región necesitaba luz. El denso espectro del carbón se cernía por todas partes. Cedar Meadow debió de ser bautizada en un ataque de nostalgia rural, porque, sin rastro de cedros ni de prados, la ciudad era un montón de edificios de ladrillo apiñados

alrededor de un río negro y unas cuantas fábricas adustas construidas a toda prisa para aprovisionar a los ejércitos asesinos de Grant. La inesperada realidad de ese lugar, tan intrincada y con tantos estratos incongruentes, tan triste que parecía salida de una pintura del Greco entre sus colinas boscosas, bajo sus nubes sombrías, tan remota en su cruda presencia de la amable afición libresca que había sido hasta entonces su único rasgo en la mente de Bech, casi le impulsó a pasar de largo, a dejar atrás sus calles empinadas y pobres y seguir camino hasta el Holiday Inn del día siguiente, cerca de una escuela universitaria me-nonita.

Pero la casualidad le llevó a pasar por una calle cuyo nombre, Belleview, le sonaba tras quince años recibiendo sobres que después devolvía con sus libros: Marvin Federbusch, 117 Belleview. La macilenta calle ascendía a la *bella vista* que le daba nombre entre muros de contención coronados de pináculos de piedra; en sus esquinas inclinadas había una clase de ultramarinos que Bech recordaba de los años treinta, en la parte alta del Bronx, con las entradas en diagonal y los escaparates llenos de desvaídos anuncios de cartón incitando a la compra. Encontró el 117: unos números de aluminio corroído señalaban un tramo de escalones de cemento que una barandilla de hierro separaba por el medio. Bech aparcó y subió. Llegó ante una estrecha casa de ladrillo pintada de rojo, de hecho, llegó a media casa porque el edificio había sido dividido por la mitad, como las escaleras, y los tonos de rojo no acababan de coincidir. La vista desde el porche de color jengibre era de casas similares, tan pegadas las unas a las otras como fichas de dominó colocadas en fila para caer una tras otra, una panorámica de chimeneas industriales que

se alzaban desde el valle del río y de colinas azuladas y excavadas que habían sido canteras, ya abandonadas. El timbre chirrió. Una mujer pequeña, en la sesentena, contestó a la llamada de Bech.

—Mi hermano está descansando —dijo.

Su vestido negro tenía botones de arriba abajo por delante, los rasgos parecían desplazarse levemente por su rostro, como las pequeñas canicas de cobre que, de niño, uno intenta introducir desesperadamente en los agujeros de cartón de uno de aquellos juegos de destreza que venían con las palomitas Cracker Jack.

—¿Podría decirle que Henry Bech está aquí?

Sin una palabra, y sin invitarle a entrar, se dio la vuelta. Federbusch tardó tanto en salir que Bech supuso que su nombre no había sido transmitido correctamente, o que el coleccionista no daba crédito a que el objeto de quince años de devoción se hubiera presentado allí en persona, de forma milagrosa.

Pero Federbusch, cuando por fin llegó, sabía perfectamente quién era.

—Parece más viejo que en las solapas —dijo esbozando una sonrisa lánguida y estrechándole la mano con fuerza.

Ahí estaba la voz, pero el hombre no se parecía en nada: cetrino y avinagrado, aunque más joven de lo que debería, sin un gramo de esa grasa que delata afabilidad, con pantalones oscuros, camisa blanca y tirantes. Tenía los ojos enrojecidos por la siesta, y el pelo, apenas vetado de gris, se le había encrespado. La parte inferior de su rostro estaba surcado de profundas arrugas, posible fruto de los estragos de algún antiguo pesar.

—Es un detalle por su parte acercarse hasta aquí —dijo,

como si Bech acabara de doblar la esquina, como si Cedar Meadow no fuera el desvaído y lejano linde del mundo sino aproximadamente su centro—. Entre, ¿quiere?

Dentro, la casa retenía un fragmento mal ventilado del pasado. El mobiliario parecía clavado al suelo y olía a ácido. Ahí no se había tirado nada; manos invisibles, posiblemente las de la hermana, lo mantenían todo en orden: los lustrosos cachivaches, los tapetes y las fotos de boda de sus padres fallecidos, los paisajes que había pintado como una autómatas una difunta tía y los pequeños platos de cristal de casas de la moneda que seguramente ya habían pasado a mejor vida. Agobiantes hileras de revistas —*Christian Age*, *Publishers Weekly*, el diario de la Snyder County Historical Society— descansaban inmaculadas sobre una mesa con un tapete de encaje, bajo una ventana demasiado ornamentada cuyo alféizar estaba atestado de narcisos de plástico. En los rincones del salón, las tuberías descubiertas habían sido empapeladas con el mismo papel pintado que las paredes. Los techos, aunque altos, también estaban empapelados. Kafka tenía razón, pensó Bech: la vida es una cuestión de madrigueras. Federbusch, a su lado, desprendía un extraño aroma marchito: el delicado hedor del ofendido. Bech supuso que había sido demasiado descarado mirando a su alrededor y dijo, para disimular:

—No veo mis libros.

Ni siquiera así dio con la nota correcta. Su anfitrión entonó, con la retumbante voz que a Bech empezaba a sonarle funeraria:

—Los guardo en un armario para que el sol no destiña las cubiertas.

En otra habitación, más allá del salón delantero, ha-

bía una pared formada por puertas de armarios. Federbusch abrió una, la cerró de forma apresurada y abrió otra. Ahí, ciertamente, había un auténtico tesoro de «bechiana»: viejos Bechs con cubiertas *démodé* de los cincuenta, Bechs reimpressos en llamativas ediciones de bolsillo de los setenta con la tipografía plateada de las novelas de espada y brujería, Bechs en francés y en alemán, en danés y portugués, Bech antologizado, analizado y editado a todo lujo, Bech en eterno reposo. Los libros no estaban de pie, en hileras, sino apilados de costado, como leña, como lingotes dudosos, en ese armario sin luz al lado de... ¡Oh, traición!, colecciones igual de exhaustivas y apiñadas, e igualmente no leídas ni en sueños de Roth, Mailer, Barth, Capote... La puerta del armario se cerró antes de que Bech pudiera catalogar a todos los compañeros de cama que el promiscuo Federbusch había cautivado.

—No tengo hijos —estaba diciendo con tono lúgubre el hombre—, pero para los chicos de mi hermano será una espléndida herencia algún día.

—No veo el momento de que llegue —dijo Bech. Pero sus pensamientos se habían teñido de tristeza. Se encontró dándole vueltas a nuestras tragedias insuficientes, a nuestras vidas privadas, espantosamente mohosas. ¡Cómo se había equivocado al asomarse a esta madriguera, cuánta razón tenía Federbusch para oler a ofendido! El avaricioso escritor, no contento con la adoración en dos dimensiones, se había ofrecido en una fatal tercera dimensión, y así había mutilado al ángel que guardaba su recuerdo.

—Mi marchante acaba de enviarme dos Penguins nuevos —dijo Federbusch, murmurando avergonzado—, y me ahorraría el franqueo si... —Bech firmó los libros de bolsillo y serpenteó a través de las colinas desoladas

de vuelta a la escuela universitaria menonita, donde se burló de la ingenua fe de los estudiantes, y se humilló emborrachándose en la copa que sirvieron luego en el Holiday Inn. Pero ninguna expiación podría borrar su ofensa a Federbusch, que no se tomó la molestia de volver a telefonarle jamás.

En la época en que Bech todavía se esforzaba por acabar *Think Big*, se le ocurrió un personaje femenino que podría redimir el proyecto, restituir el impulso y el centro perdidos. Al principio no era más que el diminuto atisbo de una imagen, una «cara de luna», redondeada, que resplandecía ligeramente con cierto brillo de sudor sobre el horizonte perdido de la trama de Bech. La palidez de este rostro tenía una blancura de gentil, conservaba el beso de las brumas y las heladas nórdicas que congeniaban mal con el tumulto urbano y forzosamente judío al que él intentaba dar un orden. Las grandes novelas empiezan con indicios mínimos —el trozo de magdalena deshaciéndose en la boca de Proust, el tono de gris mortecino que había pensado Flaubert para Madame Bovary— y Bech había iniciado su confusa acumulación de páginas con poco más que un murmullo, un murmullo que se iba apagando por momentos, un murmullo que tal vez fuera el gemelo espiritual del traqueteo de los vagones de metro de la IRT por debajo de Broadway, tal como lo percibía a dos manzanas hacia el oeste, desde una sexta planta, un soltero aburrido. Ese ronroneo, la radiación de fondo del universo que intentaba crear, tal vez no era el significado de la vida, pero sí daba el tono del sinsentido que regía en nuestra civilización de finales del siglo xx, industrial-consumis-

ta y postespiritual, rama norteamericana, subdivisión de la región central atlántica. Pero entonces el murmullo se vio desgarrado por el agudo y sobrecogedor pitido de esa borrosa «cara de luna».

Bien, la mujer tendría que ser atractiva; las mujeres en la ficción siempre lo son. De la redondez de su rostro, de su frontalidad inocente e imperiosa, emanaría cierto aire de «mandona», una frescura insensible que la haría contrastar con la más sutil, irónica, contradictoria y resbaladiza intelectualidad que ya había ocupado posiciones de poder en la estructura empresarial de su fantasía casi en quiebra. Dado que esa joven lunar (por la frescura, por ese ingenuo descaro suyo, que delataban o juventud o una intensa refrigeración) se situaba fuera de los estrechos lazos familiares y económicos ya establecidos, tendría que ser la amante de alguien; pero ¿de quién? Bech pensó asignársela a Tad Greenbaum, el enérgico torbellino de casi dos metros, sobrado de pecas y engañosamente pueril que había apostado su talento a una servidumbre de escritor de gags en un imperio de la televisión matinal y de sobremesa. Pero Tad ya tenía una amante, la volcánica, morena y profundamente neurótica Thelma Stern. Además, por algún delicado destello de aversión, cara de luna se negaba a congeniar con Greenbaum. En su lugar, Bech se la ofreció al hermano de Thelma, Dolf, el abogado corrupto, con su bigote sedoso, su tartamudez delatora y su inmensa y limpia mesa de cristal. Bech incluso los metió en la cama: le encantaba describir las sábanas revueltas, el aspecto de helechos marinos de los árboles vistos desde la ventana de un apartamento de la sexta planta, y la forma en que los cañones de las chimeneas de los tejados contiguos se asemejan a hombrecitos de plomo con

pijamas negros retratados en pleno robo a cámara lenta. Pero aunque las metáforas se multiplicaban, la relación no cuajó. Ningún hombre era lo bastante bueno para esa mujer, a menos que fuese el propio Bech. Tenía que ponerle un nombre. Cara de luna: Morna, no, ya tenía una Thelma, y su nueva dama era más fría, distante..., destino encarnado, Poe, Lenore. *Y la única palabra allí proferida era el nombre susurrado «¡Lenore!».** Sí, Lenore serviría. ¿Que a qué se dedicaba? Ese aire mandón y amable, esa frontalidad confiada..., lo mejor que se le ocurrió fue convertirla en ayudante de producción de su imaginaria cadena de televisión. Pero eso no encajaba, no explicaba su serenidad sobrenatural.

Lenore se convirtió en algo tan real para él como el resplandor nocturno en el techo de su habitación durante las horas de insomnio. Escribió escenas en las que ella se vestía y se desvestía, en el espacio que quedaba entre las sábanas arrugadas y la ventana que daba a las copas de los árboles y los cañones de las chimeneas; inventó una escena en la que Lenore perdía remilgadamente los nervios y le decía a Tad Greenbaum que era un tirano. Tad la despedía, y luego mandaba a Thelma para que la convenciera de que no escribiera una nota dejándole en evidencia para los cotilleos de *TV Tidbits*. Experimentando con la curiosa frialdad andrógina que poseía Lenore, Bech la metió en la cama con Thelma, para ver qué pasaba. Y pasaron muchas cosas, puede que más gratificantes para el escritor que para ninguno de los dos personajes; si él, como varón *voyeur* no hubiera estado presente, ellas habrían inter-

* Éste y los siguientes fragmentos en cursiva están extraídos del poema «El cuervo», de Edgar Allan Poe. (*N. del T.*)

cambiado evasivas verbales y ni se habrían rozado la carne. Sin embargo, Bech había dispuesto previamente que Thelma se había quedado embarazada de su ex marido, Polonius Stern, y no podía permitírsele una relación sáfica que habría hundido a Lenore en la trama. Eliminó el embarazo, pero cara de luna seguía cerniéndose a distancia sobre la historia, y, sin embargo, infundía al enmarañado enredo un resplandor, una calma, la esperanza de que este mundo estrafalario de Bech cobrara impulso. Parecía que ella, Lenore, se estaba acercando.

Una noche, mientras leía en la New School, atisbó su presencia con el rabillo del ojo. En la pared del fondo, en el borde del océano de rostros lectores de los asistentes —la terrible marea de jóvenes prometedores, con sus vaqueros de matón y sus barbas incipientes, con sus juveniles agravios femeninos y travesuras masculinas todavía por desempaquetar y pasar a la imprenta, por no hablar de los editores sedientos de beber su sangre fresca, de aprovecharse de su mirada contemporánea—, Bech se fijó en una cara femenina, redondeada, luminosa, arrebatadamente callada. Intentó concentrarse en ella, perdió la línea en el manuscrito y leyó la misma frase dos veces. La frase resonó como un eco en sus oídos y la audiencia se rió tontamente; se sentían incómodos con él, esa vieja ballena embalsamada en las antologías pero que todavía intentaba largar su rollo a chorros. Mantuvo la mirada fija en la página y, cuando la alzó por fin para recibir una ovación aliviada, Lenore había desaparecido, o puede que él hubiera perdido el lugar en la sala donde había estado sentada. *Apura, oh, apura, este consolador nepente y olvida a la ausente Lenore.*

Una semana más tarde, durante su lectura en la YMHA, ella se había acercado hasta la tercera o la cuarta fila. Su

cara amplia, blanca, ligeramente sudada, se alzaba agarrotada por la intensa atención, negándose a reír incluso cuando todos los que la rodeaban reían. Mientras Bech, sobre el alto escenario, desenrollaba, con su voz amplificadora, algún viejo pergamino de tonterías, se superó a sí mismo con entonaciones cómicas para conseguir que su admiradora, pálida como la leche, sonriera; pero ella se limitaba a bajar solemnemente la mirada a su regazo de vez en cuando para tomar alguna nota. Después, en el momento no programado de asedio que sigue a una lectura pública, ella subió entre bastidores y esperó que le llegara el turno entre la multitud de agobiantes buscadores de autógrafos. Cuando él por fin se atrevió a volverse hacia ella, la joven ya había sacado su cuaderno. ¿Era de verdad Lenore? Aunque él no había llegado a imaginar algunos detalles (los pequeños pendientes de aro de oro, la manera en que se recogía el pelo en la nuca, con intencionado esmero y volumen pero de algún modo sensualmente informal), su presencia física inundó la piel variable y translúcida de su invención con una materialidad apabullante. Él asió reflexivamente su cuaderno, creyendo que ella quería que se lo firmara, pero ella lo retuvo con firmeza y le dijo:

—Creí que le gustaría saberlo. Anoté tres palabras que pronunció mal. «Hectárea» se acentúa en la primera «a». No se dice «flácido» sino «fláccido». Y «esponja» va con «s», no con «x».

—¿Quién es usted? —preguntó Bech.

—Una devota. —Ella sonrió, mientras alargaba la «o». Otra devota estiró del codo de Bech hacia el lado contrario y, cuando se volvió de nuevo, Lenore se había ido. *La oscuridad, y nada más.*